

# RITMO, MEDIDA Y TIEMPO

Agustín García Calvo

El intento, en que me hallan metido los 60 años de la revista RITMO, de terminar un vasto tratado de rítmica, prosodia y métrica, me brinda ocasión para algunas consideraciones sobre «ritmo», «compás» y «medida del tiempo», que acaso pueden ser útiles para los lectores de esta benemérita revista, ya sean practicantes de las artes musicales, ya maestros de solfeo o simplemente curiosos de los misterios del tiempo que con esas cuestiones están ligados.

Que es que «ritmo» puede decirse, de una manera que tomo como genérica y primaria, de cualquier ordenación de sucesos insimultáneos en virtud de

- a) la discontinuidad del proceso,
- b) la diferenciación de los sucesos en dos tipos, señalémoslos como X y O, y
- c) el retorno a intervalos del suceso, por ejemplo, del tipo X, sentido como «repetición del mismo» (que trae consigo, claro, la repetición de O también).

Esas tres condiciones, aunque se enuncian como distintas, están entre sí implicadas la una en la otra de manera que no me paro ahora a razonar.

Pues bien, ese ritmo puede ser vago o aproximativo, no implicar lo que llamamos «medida del tiempo» (presuntuosamente: como si supiéramos qué es «tiempo» y pensáramos que el tiempo puede servir para explicar el ritmo, y no, en todo caso, al revés), ser un ritmo sin metro o sin compases, como es el ritmo de deambular, más o menos garbosamente, por la calle, el ritmo del hablar corriente y de la prosa más o menos declamada, el de algunas formas de canto, como tonadas de arada o martinets, que no se dejan escribir con compases, o el de melopeas como las de las secuencias del Evangelio del canto llano.

De este ritmo sin metro percibimos un salto neto al ritmo métrico o con compás, cuando se pasa del mero andar por ahí a marcar el paso a lo militar o a bailar, o del hablar corriente a la recitación de versos propiamente métricos o a las formas más usuales de canción popular (especialmente las ligadas con la danza) o de música culta, y más aun la complicada en el sentido de la polifonía o la sinfonía.

Hay, al parecer, «en nosotros» un dispositivo que permite convertir el mero ritmo en un ritmo exacto, que realiza la isocronía o «medición del tiempo», donde se funda no sólo la danza y música a compás, sino en definitiva los relojes mismos: dispositivo que no puede llamarse natural (entre otras cosas, los bebés, como también los monos, son notablemente amétricos en sus meneos y sus

gritos, y seguro que un niño no aprende a bailar hasta que está ya bien metido en el lenguaje), de cuya misteriosa condición no me paro a especular tampoco.

Se trata aquí de precisar lo mejor posible la relación entre la mera articulación rítmica del curso de sucesos y la isocronía o medida aritmética de ese curso.

Es a saber que la alternancia rítmica de los dos tipos de sucesos que arriba, en b), hemos postulado (sea de «marcado/no-marcado», que en principio podría ser simplemente de «son/silencio») no puede tomar más que dos formas esenciales, o la mas simple o de alternancia por «sí/no».

A) ...X O X O X O X O X O...

que podemos llamar «de 2 en 2», o aquélla en que uno de los 2 se diferencia del otro justamente por ser reduplicativo o redoblante (donde la diferencia lógica de «X/O» se separa de la diferencia sucesiva de «2 veces el mismo», O:O), o sea:

B) ...X O O X O O X O O X...

llámesele ritmo «de 3 en 3».

No hace tal vez mucha falta explicar cómo las otras formas de articulación rítmica que juegan con potencias de 2 ó 3 se reducen a esas dos, ni entrar en cómo la alternancia sucesiva de los 2 módulos, «2» y «3», lo que nos hace es saltar a otro nivel de ordenación rítmica, a un «ritmo de módulos rítmicos». Quede sólo dicho al paso que no es que los números (ni los protonúmeros 2 y 3) nos vayan a explicar las formas rítmicas, sino al revés acaso (con una misma palabra, «*numerus*», hubieron los romanos de traducir las dos griegas, «*rythmos*» y «*arythmos*») puedan los ritmos explicar los números.

Lo que mas bien deseaba aquí tocar es que parece «natural» pensar, cuando del ritmo se salta a la medida, que en el ritmo «de 2 en 2» (A) se encuentra el fundamento de la medida en razón aritmética «de doble», en cuanto que el suceso «marcado» se diferencia ahora del otro por valer o durar doble que él,

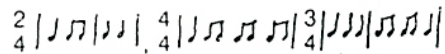
A)        2 1 2 1 2 1 2 1 2 1  
          ...X O X O X O X O X O...

mientras que del ritmo «de 3 en 3» (B), al compensarse la preponderancia de X como «marcado» sobre O O como «no-marcado» por el hecho de ser O O reduplicado contra X, simple, debe resultar la medida en razón aritmética «de igual»,

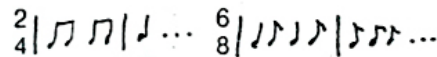
B)        2 2 2 2 2 2 2 2  
          ...X O O X O O X O O X...

En tres lugares o a tres niveles se presenta, en la enseñanza del solfeo, y en la notación (y ejecución) musical, la entrada, juego y competencia de los 2 módulos rítmicos elementales en la cuestión de la medida del tiempo o las duraciones:

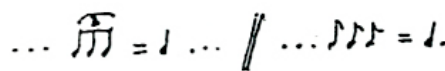
1º) al nivel del compás, cuando se oponen los compases de 2 tiempos (los de 4 se reducen a lo mismo) con los de 3 tiempos.



2º) al nivel de los tiempos de compás, cuando se oponen los tiempos binarios o divisibles por 2 a los ternarios o divisibles por 3 (equivalentes a «nota con puntillo» del orden superior).



3º) al nivel del suceso elemental o «nota», cuando se introduce el tresillo como medio de dividir una nota por 3 en vez de su división normal por 2,



Parece claro que estos tres lugares se dejan reducir a uno mismo, en cuanto que, por ejemplo, un tresillo de corcheas (3º) se convierte en medio compás de  $\frac{6}{8}$  (2º), con 3 corcheas dos contra una en razón «de doble», equivalentes de  $\downarrow$  o de  $\downarrow\downarrow$  o, si se convierte ese medio compás en uno entero de  $\frac{3}{8}$  se vuelve a tiempos binarios o razón «de igual» entre las 3 notas, salvo que se truequen las duraciones elementales y el compás tome la forma de  $\frac{3}{8}$  que impone, contra la convención usual, la razón «de doble» entre sus partes. De manera que puede en general decirse que en la «medida del tiempo» la razón aritmética «de doble» se funda en la alternancia rítmica simple «de 2 en 2», y en la alternancia redoblante o «de 3 en 3» se funda la medida en razón «de igual».

Es cosa notable, en fin, que en la enseñanza de las cuestiones de ritmo y medidas de duración, como se ve en cualquier manual de solfeo, suela procederse casi justamente al revés del orden que en estas consideraciones se insinúa, comenzando por lo 3º, tratando de los valores de las notas o sucesos elementales (como si algún oído en el mundo pudiera entender las razones aritméticas de duración entre ellos si no es tomándolos como divisiones de los compases en que el ritmo exacto establece la isocronía o métrica del tiempo), para pasar luego al estudio de los compases y sus tiempos, tratando de explicarlos a partir de los valores de las notas; y quedan, al final del tratado, bajo título de Ritmo, unas cuestiones accesorias sobre la coordinación y buena ejecución del movimiento musical.

Claro que esto no debe de tener mucha importancia práctica, puesto que los niños aprenden «a medir» de todos modos, gracias a que la inteligencia «natural» de los hechos rítmicos (y métricos) les hace dejar de lado las impertinencias teóricas de sus mayores. Pero ello es que esa practica revela, a la vez que contribuye a mantener, un error que en muchos otros sitios (por ejemplo, en el

estudio de la métrica de la poesía de pies antigua) se manifiesta, consistente en creer que el metro, la medida de las duraciones por razones aritméticas, puede darse primariamente y de por sí, para que de ella resulte el ritmo, en contra de lo que aquí se ha intentado evidenciar al vuelo, que la medida aritmética «del tiempo» no viene sino como consecuencia de la articulación del curso por el misterioso pulso del ritmo exacto, que da lugar, por ejemplo, en el sentido que brevemente he sugerido, a las razones aritméticas de duración entre los trechos y tramos que él determina.

El ritmo es los números (los protos, 2 y 3, primordialmente), y los números hacen la medida. De manera que aquello que Aristóteles decía (*Phys.* 219 b) de que el tiempo era número del movimiento según el antes y el después, cobra un cierto sentido cuando se piensa que el ritmo, que es el número, no digamos que crea el Tiempo o nos declara su misterio, pero sí que funda la aparición del Tiempo como medida de duración y razón aritmética entre sus medidas.